

5. LA RENOVACIÓN DEL ALMA

Epignosis

Jamás debemos cansarnos de insistir en que debemos prosperar espiritualmente y enriquecernos cada día con el conocimiento de Dios; de eso depende en mucho nuestra presente ocupación en nuestra salvación, la del alma. Toda persona para que pueda ser salva debe tener algún conocimiento inicial del Señor, conocimiento que se recibe por el Espíritu; pues nadie puede creer en quien no conoce, o por lo menos tener alguna información básica. Ya lo dice el Señor en Juan 17:3: “*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*”. Y la aprehensión de ese conocimiento debe ser progresiva. La íntima comunión con Dios en el espíritu es una causa y efecto a la vez de ese conocimiento. Le dice el apóstol Pablo a los colosenses: “*por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del **conocimiento**¹ de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual,¹⁰ para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios*” (Col. 1:9-10).

La sabiduría y el entendimiento espiritual de la voluntad de Dios, están en nuestro espíritu y proviene del Espíritu Santo que mora en él, es la *epignosis*, el conocimiento total, y no debe confundirse con la sabiduría de origen humano y mental, la *gnosis*. La *epignosis* involucra el discernimiento, una mayor participación por parte del conocedor en el objeto conocido. Mediante la *gnosis* se busca saber, y tiene la connotación de investigación, de manera que denota conocimiento o entendimiento mental de la verdad

¹*Epignosis* (ἐπίγνωσις), en el original griego, que significa *pleno conocimiento*

espiritual, por ejemplo, respecto a Dios, como en 2 Corintios 2:14. La *gnosis* encierra un conocimiento parcial, incompleto, limitado, y hasta superficial. En cambio, la *epignosis* denota discernimiento, conocimiento total y profundo, reconocimiento, un pleno conocimiento; el ente conocedor se llega a identificar con el ser conocido. Por ejemplo, en Romanos 1:21 dice que los hombres habían conocido (en griego, *gnontes*) a Dios, pero en el versículo 28 dice que no lo reconocieron (*epignosei*). Mediante la *gnosis* puede haber una búsqueda del conocimiento de Dios y de su Cristo, pero es necesario llegar a la *epignosis* para tener el pleno conocimiento, no sólo desde uno o varios ángulos de la verdad objeto de la búsqueda, sino desde una perspectiva total que abarque toda la verdad, mirando por encima (*epi*) y abarcando todos los ángulos, toda la panorámica detallada. De manera, pues, que no basta tener conocimiento acerca de Dios, de la gloria de Dios, de la economía de Dios, de Cristo Jesús, de la salvación, sino introducimos a un pleno conocimiento de esos misterios. Como ejemplos podemos encontrar en el Nuevo Testamento acerca de ese pleno conocimiento (*epignosis*) en Colosenses 1:10 (sobre Dios), en Efesios 4:13 (sobre Cristo), en Colosenses 1:9 (sobre la voluntad de Dios), en Filemón 6 (de toda cosa buena), en 1 Timoteo 2:4 (de la verdad), en Colosenses 2:2 (del misterio de Dios).

La mente humana sólo puede percibir el entendimiento espiritual cuando ha sido renovada por el Espíritu, cuando nuestro hombre interior ha sido fortalecido y ya mora Cristo en nuestro corazón. De ahí la importancia de que nuestra mente sea renovada (Romanos 12:2),² para que pueda entender e interpretar la voluntad de Dios que por la intuición percibimos en nuestro espíritu. Si tenemos el pleno conocimiento de la voluntad de Dios, como dice en Colosenses 1:9, 10, en toda sabiduría e inteligencia espiritual, entonces es cuando tenemos las herramientas necesarias para poder

²“*No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*” (Ro. 12:2).

andar como es digno del Señor.

¿Cómo podemos vivir a Cristo plenamente y llevar fruto en toda buena obra si antes no lo conocemos, no en la letra, en la mente, sino en el espíritu? En un espíritu sin regeneración no puede ocurrir nada de esto. En nuestro espíritu es necesario que haya comunión con Dios, y para ello se necesita ese pleno conocimiento de Dios en toda sabiduría y entendimiento espiritual. También lo leemos en Efesios 1:17: “*Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de él*”. Esta es una oración del apóstol Pablo por los creyentes regenerados de Éfeso; luego nosotros podemos orar al Padre y pedirle que nos dé espíritu de sabiduría y revelación en el pleno conocimiento de Él, para que podamos conocer, percibir de modo intuitivo todo lo que Él nos quiera revelar.

En el pueblo cristiano hay mucha ignorancia y desorientación respecto de algo tan importante. Muchos hermanos andan por el mundo en una situación de desamparo, como ovejas que no tienen pastor. Si no hay claridad sobre eso, si no hay sabiduría y entendimiento del espíritu, no podemos conocer lo que es revelado por Dios y lo que es de nosotros mismos, o lo que es del enemigo, lo que es fraude, lo que es falso, o simplemente superficial. Claro, tú puedes estar viviendo una vida cristiana más preocupada por lo exterior, sin que le estés dando importancia a la vida del espíritu, sin esperar revelación alguna de parte de Dios, sin saber qué cosa es tener comunión íntima con Dios en el espíritu; o por el contrario, puedes estar preocupado por vivir conforme a la revelación de Dios para tu vida. ¿Cómo vives ahora?

Esto no depende del grado de conocimiento y sabiduría mental y anímica que tenga una persona con respecto a otra, no. El asunto no es en el alma, sino en el espíritu. El espíritu es el regenerado; es en el espíritu donde viene a morar Dios; es allí donde deposita Su naturaleza; es en el espíritu donde Dios nos habla y se nos revela por la intuición. El conocimiento y sabiduría anímicos no

constituyen el termómetro que mide el progreso y la comunión espirituales. Cuanto más entendimiento espiritual tengamos, más conocimiento de la voluntad de Dios puede haber en nosotros, y en consecuencia nuestra vida será más digna del Señor, agradándole en todo; es entonces cuando llevaremos fruto en toda buena obra. Dios no se te revela para satisfacer tu curiosidad, ni tu ambición ni tu orgullo. La conciencia es iluminada para conocer la verdad de Dios en Cristo. Pablo no oraba al Padre que llenara a los hermanos de Colosas del jactancioso y envanecedor cocimiento de los gnósticos, sino del pleno conocimiento de la voluntad de Dios, lo cual sólo se recibe por el espíritu, donde mora el Espíritu de Dios. No era *gnosis*, sino *epignosis*.

Al tener comunión con Dios, captamos y aceptamos la revelación en la intuición del espíritu; pero ahí no acaba todo; para conocer el significado de esa revelación, necesitamos del entendimiento, sabiduría y comprensión espirituales. La comunión con Dios es algo que se va perfeccionando cada día, y en esa misma medida se puede ir perfeccionando la comunión con nuestros hermanos.

La negación del yo

Estriste decirlo, pero la realidad es que en la Iglesia del Señor Jesucristo, el mensaje ha sido tergiversado. En los evangelios canónicos, en todos, el Señor reitera que todo aquel que quiera seguirlo, debe negarse a sí mismo, tomar su propia cruz cada día, y seguirlo; pero lamentablemente hoy se está predicando a los cuatro vientos un mensaje extraño, un mensaje de prosperidad económica en el seno de la Iglesia del Señor, cuando Él mismo les dice a Sus llamados que si quieren ser Sus seguidores deben estar dispuestos a no tener si es posible ni una piedra en donde recostar la cabeza. Se está predicando un mensaje de posiciones privilegiadas en la tierra, un mensaje de piense (visualice) y hágase rico, siembre un dólar y coseche cien; se está predicando un mensaje untado de «pare de sufrir». Algunas corrientes dentro del catolicismo romano

llegaron a creer oficial y casi que dogmáticamente que Cristo y sus discípulos fueron hombres de riqueza considerable; y aún muchos se lo creen y lo difunden. Puede que muchos creyentes en la historia hayan sido personas adineradas, y los hay, pues aun reyes han sido cristianos vencedores; pero ¿cuál es el espíritu del evangelio? *“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común”* (Hechos 4:32). Eso sigue vigente en la Palabra y en la voluntad de Dios para la Iglesia.

Hagamos un corto recorrido por los evangelios, y leamos el testimonio de la verdad de la propia boca del Señor. Leamos sobre el camino de la cruz que debemos tomar todos Sus seguidores. El contexto del capítulo 10 del evangelio de Mateo habla del siervo del Señor y su misión; los versículos 16-23 hablan del siervo y el sufrimiento; en los versos 24-33 el siervo recibe aliento del Señor antes de que Él enfatice sobre la cruz. La Palabra de Dios dice que el mundo entero está bajo el maligno (1 Juan 5:19), y los que recibimos el llamado del Señor debemos salir de ese sistema que es el producto de la usurpación de Satanás; y al salir de esa esclavitud inmediatamente hay oposición diabólica en contra nuestra. De ahí las palabras del Señor en los versos 34-37. Luego en los versículos 38-39 lo aclara: *“³⁸Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. ³⁹El que halla su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”*. En el original griego, la palabra *vida* del versículo 39 es exactamente la misma para designar *alma*, ($\psi\upsilon\chi\eta$, *psiqué*) pues entre los usos que le da el Nuevo Testamento a la palabra *alma*, está el de vida natural del cuerpo como en Mateo 2:20, que en el original realmente dice: *“Han muerto los que buscaban la vida (psiqué) del niño”*. También denota la parte inmaterial, invisible, del hombre, como en Mateo 10:28: *“Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”*.

Hermano, puede que tú hayas recibido a Cristo como tu

Salvador, y si eso ocurrió en tu vida, ya eres un hijo de Dios eternamente; pero puede que no hayas aceptado aún hacer la voluntad del Padre en tu andar. Cuando tú empieces a hacer la voluntad del Señor en tu vida, es cuando estarás empezando a llevar tu cruz. Es necesario aclarar que Cristo primero fue llevado a la cruz y después fue crucificado; en cambio nosotros primero fuimos crucificados con Cristo (Romanos 6:6), y después debemos llevar nuestra propia cruz. Cristo en la cruz del Calvario nos salvó del infierno, nos ha liberado en el espíritu; pero nosotros debemos llevar diariamente nuestra propia cruz para salvarnos de nosotros mismos, de nuestra alma. La carne debe ser liberada. Pues bien, la cruz conlleva sometimiento, entrega, sufrimiento, muerte, renuncia a uno mismo. La cruz significa juicio, juicio del viejo hombre, de la vieja creación, de la naturaleza adámica. No se puede avanzar en el nuevo hombre si antes no ha sido juzgado el hombre adámico. Sin la cruz no se puede ser victorioso; y la cruz hay que tomarla del Señor cada día, porque cada día hay que juzgar nuestro pecado, nuestro carácter, nuestro egoísmo. La cruz empieza con la obediencia (Lucas 22:42). Para obedecer al Señor debemos amarlo a Él por encima de todo. Si tú prefieres que tu alma siga el camino fácil de su propio goce y disfrute, que no sufra, huyendo del compromiso, pues no la pierdes. Pero ¿cuál es el precio? Que no podrás disfrutar del Señor en el reino de los cielos, cuando el Señor venga a reinar sobre la tierra durante el milenio. Ni podrás gobernar con Él. Si tú no pierdes tu alma aquí, ella no podrá resucitar para el reino. Nótese que en el versículo 38, el Señor habla de la cruz, y en el verso 39 habla del alma, de la vida del alma, de hallarla y perderla. ¿Por qué? Pues porque el alma es la persona del creyente, es su yo, es su individualidad, allí está su centro vital psíquico, y Dios necesita tratar con el alma; pues nosotros no hemos creído sólo para ser salvos, sino para ser imagen de Cristo y hacer la obra que el Padre nos ha asignado desde antes de la fundación del mundo (Efesios 2:10). Es necesario, pues, que el alma sea tratada con la cruz para que pueda resucitar. Mientras no resucite no le puede

servir a Dios.

También en el capítulo 16 de Mateo, el Señor toca este importante tema. En el contexto de este capítulo vemos a un Simón Pedro confesando al Señor Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viviente; vemos en Pedro a un verdadero creyente, y siempre lo fue; pero el alma de Pedro, la vida de su alma, su *psiquis*, no había sido tratada; seguía teniendo sus propios pensamientos de curtido pescador, egoístas y carnales; seguía tomando las decisiones que más le convinieran a sus intereses y ambiciones; sus afectos no habían sido tratados; seguía amándose más a sí mismo, seguía confiando más en sus propios recursos, fuerzas y habilidades, en sus conocimientos, en su propio criterio, en sus propios juicios, en su propia palabra y en sus promesas, y hasta en la espada que llevaba colgada al cinto. ¿Cómo remediar toda esa situación para que pudiera llegar a ser el gran apóstol que fue? Con la aplicación de la cruz al alma. Por eso el Señor, al ver que hasta el diablo usaba los sentimientos y afectos del confiado Pedro (vs.21-23), se dirigió a todos los discípulos para decirles: ²⁴*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.* ²⁵*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará*".

¿Qué es la vida del alma? El propio yo, el *ego* que se expresa por medio del intelecto, los pensamientos, por medio de los conceptos, de nuestras decisiones y nuestros afectos y emociones. Si el alma no ha sido tratada por la cruz, no se puede ocupar de las cosas de Dios. En el mundo se tiende a aprovechar la vida del alma para poner la mira en las cosas de los hombres, para gozar de los disfrutes del mundo; comer, beber y disfrutar antes que llegue la muerte; pero la Biblia nos insta, no a ganarla sino a perderla negándose a uno mismo, tomando la cruz. No vivir para sí mismo es la negación del yo.

A muchos no les gusta la cruz porque hace sufrir y mata al hombre viejo con su vida natural. Pero mientras no llevemos

nuestra propia cruz y nos neguemos, podemos seguir al Señor pero en apariencia, de modo exterior, como lo hacían Sus discípulos hasta ese momento, pero no podemos seguirle en nuestro interior. Porque la negación de nosotros mismos no es algo externo. Antes de llevar su cruz, los discípulos del Señor le siguieron hasta cuando se presentó el peligro; después lo dejaron solo. *"Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos"* (Gá. 5:24). ²⁶*Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?"*

Cuando nosotros llevamos una cruz en nuestro corazón, no estamos expuestos a que nos dominen nuestros propios egoísmos; es cuando verdaderamente se empieza a disfrutar del Señor como nuestro único tesoro y gozo, muy por encima de todo otro disfrute o riqueza percedera. Cuando en nosotros no ha operado la cruz, cuando no nos hemos negado a nosotros mismos, siempre hay algo nuestro que se opone, algo que roba nuestros afectos, que nos obstaculiza en la obediencia al Señor.

Ahondamos nuestro conocimiento de este importante tema en Marcos 8:34-38: ³⁴*Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.* ³⁵*Proque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.* ³⁶*Porque ¿qué aprovechará el hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?* ³⁷*¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?"* ¿Qué es perder el alma, o ganarla? Esto no se refiere a la salvación eterna, la cual es un regalo que el Señor nos ha dado en el espíritu (cfr. Ef. 2:8,9; Ro. 6:23). Por lo que hemos venido desglosando, ganar o perder nuestra alma se refiere a nuestra propia conducta actual como creyentes; Dios está interesado en tratar nuestro viejo hombre, tratar nuestros pecados diarios, renovarnos para que andemos en el nuevo hombre; pero Dios lo trata por medio de la cruz, si nosotros lo deseamos, si nosotros queremos tomarla, a fin de juzgar nuestra conducta, para

que le podamos servir al Señor y andar con Él en santidad. Ese nuestro andar con Cristo ahora, y servirle de acuerdo con Su voluntad, tiene su galardón diferente de la salvación eterna que ya nos dio. ¿Cuál es ese galardón? El reino.

Y ¿qué pasará si no queremos tomar nuestra cruz y negarnos a nosotros mismos y ser renovados en nuestra alma? El Señor tiene sus métodos de disciplina para Sus hijos, para que no se pierdan eternamente ni tengan que ser condenados con el mundo. Una cosa es la disciplina para los hijos de Dios, y otra es la condenación para los impíos. El Señor juzga nuestra conducta ahora o en Su tribunal cuando Él venga, para determinar nuestra participación en el reino, el galardón es el reino; y muchos pueden perder ese galardón. Lo vemos también en el verso 38 del texto de Marcos que hemos citado: *“Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”*. El alma no crucificada se avergüenza del Señor.

Hemos leído que el Señor pregunta: ¿Qué recompensa dará el hombre por su alma? ¿Cuál es esa recompensa? La respuesta la da el Señor en Mateo 16:27: *“Porque (este porque nos da la respuesta) el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras”*. Este versículo dice que esto sucederá cuando el Señor venga; cuando ese evento ocurra, Él instalará Su tribunal para juzgar a Su Iglesia (cfr. 2 Co. 5:10; Ap. 22:12), para que cada uno reciba su galardón (el reino) o no lo reciba, de acuerdo a que haya perdido o ganado su alma en esta tierra; y eso depende de la conducta y el testimonio de cada uno.

Los discípulos y la negación de sí mismos

Hemos visto que andar con el Señor requiere la cruz y la negación del yo. Seguir al Señor tiene un precio, y ese precio

incluye el sufrimiento; aunque hoy se esté predicando otra cosa. La cruz y el sufrimiento van de la mano. Para seguir al Señor hay que sentarse a hacer los cálculos; no se deben hacer cuentas alegres. Para seguir al Señor se debe tener un corazón dispuesto tanto a tener abundancia como a padecer necesidad y hambre (Flp. 4:12-13). De esto tenemos ejemplos en Lucas 9:57-62: *“⁵⁷Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adonde quiera que vayas. ⁵⁸Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza”*. El Señor no es que quiera que suframos; no es Su propósito, sino que nuestro yo pase por la obra aniquiladora de la cruz; y eso por nuestro propio bien.

La vida del Señor Jesús, desde Su nacimiento, se caracterizó por el sufrimiento; pero ahora se ha difundido la enseñanza de que nosotros no tenemos que sufrir; que todo aquel que quiera servir al Señor debe depender de un jugoso sueldo. El Señor Jesús no tuvo una piedra donde recostar Su cabeza y descansar, pero ahora hay predicadores que viven en mansiones más lujosas y confortables que muchos reyes en la historia. ¿Qué dirá el Señor de esto? Ya estamos leyendo lo que Él dice.

Otros, en cambio, reciben el llamado del Señor, pero su respuesta es interponer pretextos, intereses personales y achaques y exigencias del alma y del mundo, como los siguientes ejemplos bíblicos: *“⁵⁹Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. ⁶⁰Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios. ⁶¹Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. ⁶²Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”*.

¿Cómo le quedarán los surcos a alguien que esté arando pero constantemente mirando hacia atrás? ¿Cómo podría alguien seguir al Señor y trabajar y anunciar el reino de Dios si su mirada no está

puesta sino en su pasado? En Lucas 14:26-33, el Señor profundiza sobre el costo de seguirle, sobre hacer bien los cálculos para seguir al Señor, sobre el tratamiento del seguidor y la cruz y su relación con la renuncia a todo, incluyendo su propia familia y hasta su propia vida. No todo creyente sigue en pos del Señor; ¿será porque se ignora todo esto? ¿será porque muy pocos quieren renunciar a todo lo que tienen? ²⁶Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. ²⁸Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? ²⁹No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que vean comiencen a hacer burla de él, ³⁰diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ³¹¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? ³²Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. ³³Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”.

Cuando alguien desea hacer algo grande y costoso, debe primero calcular los costos. El costo de ser un discípulo de Cristo es sencillamente todo lo que poseemos y todo lo que somos; si dejamos algo por fuera que no lo entreguemos, sin duda fracasaremos; Cristo nos pide todo; nada de medias tintas. Él es digno de todo. ¿Qué pasa si fracasamos? Seremos el centro de la burla de todos, y de acuerdo con el contexto, el Señor dice que nos convertiremos en una sal insípida que no sirve para salar, sino para arrojarla fuera del reino. El contexto de Lucas 14 que acabamos de leer, tiene diferentes profundizaciones en otras partes del Nuevo Testamento; por ejemplo en 1 Corintios 7:29-35: ²⁹Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; ³⁰y los que lloran, como si no

llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; ³¹y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa. ³²Quisiera, pues, que estuviéseis sin congoja. El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; ³³pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. ³⁴Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. ³⁵Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos lazo, sino para lo honesto y decente, y para que sin impedimento os acerquéis al Señor”. También se puede ahondar en Lucas 17:26-33 y Lucas 21:12-19.

El seguidor de Cristo debe, pues, tomar su cruz y negarse a sí mismo, y esto no significa que ya no peca. No tiene al pecado como práctica, pero sí peca. Entonces, si peca, Dios ha hecho provisión para cada situación que se presente. Hay un texto apropiado a fin de que analicemos un poquito esa parte. Primera carta de Juan 1:6-2:1: ⁶Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; ⁷pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. ⁸Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. ⁹Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. ¹⁰Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. ¹Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”.

El seguidor de Cristo anda en perfecta luz. Cuando tú te escondes de otras personas es porque tu testimonio está manchado por algún pecado; y si te escondes de otros, con mayor razón te escondes del Señor; se ha roto tu comunión con Cristo; no te sientes

libre; ya no puedes presentarte ante el trono de la gracia para adorar, pues ha regresado el velo que lo impide. El velo de la mentira no te deja mirar al Señor; hay opresión en tu vida, y estás descuidando tu vida en el espíritu por dejarte llevar por la carne; tomaste el arado, pero estás mirando para atrás.

Si te ocultas no puedes encontrar la verdad, pues la verdad se encuentra en la luz. En momentos de pecado, el hombre prefiere ocultarse; el que se oculta prefiere la oscuridad para que no lo detecten, pero allí no se puede encontrar la verdad, sino en la luz. Nadie puede ver la verdad en las tinieblas; en las tinieblas echa raíces el pecado. Pero no quieres salir de la oscuridad debido a que te da temor ser expuesto; no quieres que nadie conozca tu pecado. De pronto tu corazón quiere exponerse, pero tú no.

La renovación del entendimiento

Todos los que hoy hacemos parte del cuerpo de Cristo (la Iglesia), al cual fuimos introducidos por el Espíritu Santo cuando creímos (1 Co. 12:13), todos fuimos hijos de desobediencia en otro tiempo (Ef. 2:2,3), y también, lo mismo que a los demás, nos controlaba el espíritu que ahora opera en el mundo, en el sistema satánico tenebroso. ¿Cómo opera Satanás en los hijos de desobediencia? Principalmente invadiéndoles y controlándoles su mente. Pero lo grave es que en el creyente, cuando su mente no ha sido renovada, el diablo sigue actuando, inyectándole pensamientos errados e impuros. La mente del hombre es, pues, el más importante campo de batalla del creyente, donde entran en escena los espíritus satánicos con el propósito de controlar también la voluntad, y hasta el espíritu mismo del creyente, si es posible.

Dice el apóstol Pablo en 2 Corintios 4:4 que *“el dios de este siglo (Satanás) cegó las mentes de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”*. La principal motivación para que Satanás ciegue la mente del hombre y sus pensamientos, es procurando que el

hombre lo adore. El hombre necesita adorar a alguien; pero si no conoce a Dios, busca a quién adorar, y adora a Satanás, de quien es esclavo. Hoy los hombres sin Dios adoran a Satanás consciente o inconscientemente. En consecuencia, la mente del hombre, que reside en su alma, debe ser renovada, pues el entendimiento es demasiado susceptible a los ataques de Satanás y sus huestes malignas; y el diablo sabe que para poder tener algún control del resto del hombre (su voluntad, sus sentimientos, su cuerpo), debe tratar primero de controlar la mente. Todo nuestro andar comienza con la mente; y por eso debemos estar listos a presentar batalla.

La Palabra de Dios también nos dice en 2 Corintios 10:3-5: *“³Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; ⁴porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas, ⁵al derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”*. En Efesios 6:12 nos declara la Palabra que la Iglesia libra una guerra espiritual; no es una lucha con hombres, sino con fuerzas espirituales de maldad que pululan en los aires; de manera que hay que enfrentar a esos enemigos con poderosas armas espirituales, para poder derribar sus fortalezas. ¿Cuáles son las fortalezas de Satanás? Los argumentos y pensamientos en la mente de quienes desobedecen a Cristo. Una mente no renovada, incluso de un creyente sincero, puede anidar altiveces que se oponen al conocimiento de Dios; por eso quiere el Señor que la mente de todos sus hijos sea renovada una vez que el espíritu haya sido regenerado.

Dice Pablo en Romanos 12:2: *“No os amoldéis a este siglo, sino transformáos por medio de la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios; lo bueno, lo agradable y lo perfecto”*. Si nos hemos ofrecido en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, es necesario que dejemos de ser asimilados por este mundo del cual hemos sido separados. Para ello es fundamental la renovación de nuestra alma y particularmente de nuestro entendimiento. Por la mente comienza todo el proceso.

¿Cómo ocurre eso? Cuando creímos, el Espíritu de Dios vino a morar en nuestro espíritu y trajo consigo la naturaleza divina, lo cual significa que Cristo vino a morar en nosotros y a operar un proceso de transformación interior y metabólico en nuestro ser. La naturaleza divina se va extendiendo hacia nuestra alma de tal manera que nuestro viejo modo de pensar se va transformando y conformándonos a la gloriosa imagen de Cristo (2 Co. 3:18); va ocurriendo en nosotros una verdadera metamorfosis.

Cuanto más nos ilumina Dios, más cambio va experimentado nuestra mente; cambiamos de modo de pensar con relación a como lo hacíamos en el pasado. Empezamos a tener una nueva perspectiva respecto de las cosas, y las juzgamos en forma diferente. Esto es un asunto progresivo. Nuestro juicio en lo natural es muy diferente al juicio de Dios. Claro que el cambio de mente está relacionado con el arrepentimiento. En el Nuevo Testamento, la palabra arrepentimiento es una traducción del griego *metanoia* (μετάνοια). El verbo *metanoeo* (μετανοέω), arrepentirse, significa literalmente percibir posteriormente, pues *meta* significa después, implicando cambio; *neo*, percibir, y *nous*, mente. De manera que el arrepentimiento significa cambiar de opinión o de propósito hacia lo mejor; entonces la *metanoia* es el pensamiento posterior; es cambio de parecer; y por eso se traduce arrepentimiento. Cuando no hay un cambio en la mente, una renovación del entendimiento, no se puede hablar de arrepentimiento. Cuando nuestra mente no ha sido renovada, no podemos hablar de arrepentimiento, pues lo más seguro es que mañana volvemos a concebir en nuestra mente el mismo ardid y hasta la misma acción de lo que hoy estamos “arrepintiéndonos”.

Una mente renovada puede llegar a ser llena del pleno conocimiento de la voluntad de Dios, como dice Pablo a los Colosenses 1:9: “*Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual*”. ¿Qué significa eso? Que la sabiduría y el entendimiento

espirituales provienen del Espíritu Santo, no de la carne. Una cosa es tener conocimiento (*gnosis*) superficial en el alma, y otra es tener pleno conocimiento (*epignosis*) en toda sabiduría e inteligencia espirituales. Con la sabiduría del espíritu, podemos percibir la voluntad perfecta de Dios, y con el entendimiento espiritual en una mente renovada, podemos entender e interpretar lo que percibimos a través de nuestro espíritu.

Ya hemos visto que Satanás esclaviza a los hombres a través de la mente (cfr. Efe. 2:2; 2 Co. 10:3-5). En la mente del hombre, Satanás incuba los argumentos mentirosos en contra de la verdad de Dios; siembra los mitos, los falsos valores, las filosofías humanas, los temores; atiza las tentaciones e inyecta las doctrinas oscuras y desorientadoras. Satanás es el maestro del engaño, de los antagonismos y de las rivalidades. Todo eso, y mucho más, lo hace en la mente; y el hombre está convencido de que él mismo es el artífice de todos esos argumentos y pensamientos. De todas maneras el hombre con su mente carnal no puede conocer a Dios, y aun el creyente carnal debe procurar una renovación total de su entendimiento, para poder andar con Cristo. ¿Por qué ocurre eso? Porque Satanás está interesado en extraviar los pensamientos de los creyentes. Y eso lo vemos en toda la historia de la Iglesia. Lo dice muy claramente Pablo en 2 Corintios 11:3: “*Pero temo que como la serpiente (la serpiente antigua, Satanás, el dragón de hoy) con su astucia engañó a Eva, se corrompan vuestros pensamientos, apartándose de alguna manera de la sencillez y pureza para con Cristo*”.

Una mente no renovada no tiene la capacidad suficiente para recibir los mensajes de la intuición del espíritu. A la mente no renovada se le dificulta diferenciar los mensajes de Dios recibidos por la intuición del espíritu, de las sugerencias de Satanás en la mente. Hay un espíritu que opera sobre los hijos de desobediencia (Efesios 2:2), y lo hace de tal manera que su influencia taladra hacia el interior de la persona, minando su vida de pensamiento. Satanás opera desde el exterior hacia adentro, como el jinete que domina su

cabalgadura; y cuando los espíritus malignos controlan la mente del hombre, les es fácil controlar su voluntad y sus emociones. Tengamos en cuenta que Satanás opera en dos sentidos, circula en doble vía: en las personas a las cuales puede controlar, pone pensamientos y los quita. Veamos en la Palabra los dos casos. “Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le traicionara” (Juan 13:2). “Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven” (Lucas 8:12).

¿Por qué un creyente debe llevar todos sus pensamientos cautivos a Cristo? Debido a que los creyentes dan oportunidad a los espíritus malignos para que hostiguen y dominen su vida mental. Recuérdese que todo comenzó con Eva en el Jardín del Edén; y por eso al hombre a menudo le sobrevienen pensamientos que no tiene la intención de pensar; ahí hay agentes espirituales que se encargan de eso. Tengamos siempre presente que Dios jamás rige la mente del hombre, pero Satanás fue lo primero que quiso controlar; llevó al hombre a comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal; Satanás llevó al hombre a independizarse de Dios, pero el hombre cayó en la trampa y llegó a ser esclavo del diablo. Por ejemplo, a medida que nuestra mente es renovada mediante el Espíritu Santo, somos libres de lujuria, de avaricia, de egoísmo, pues con una mente espiritual nuestras relaciones con los demás no las veremos como oportunidades para medrar en nuestro provecho. En los creyentes, en su interior, ahora no moran espíritus malignos; pero sí muchos se dejan manipular por Satanás desde afuera. Acuérdense que el buen jinete domina su caballo.

La mente no renovada de un creyente se presta para que se mantenga en la ignorancia, para que su conocimiento de Dios y de Su Palabra sea muy deficiente, no se desarrolle, para que no retenga ni las citas bíblicas y mucho menos para que las pueda interpretar correctamente, conforme una guía segura del Espíritu de Dios; ese creyente no tiene las herramientas para estar vigilante; está como en

una cárcel sin darse cuenta, y llega hasta a entender mal la verdad de Dios.

Por otro lado, la imagen de Cristo debe ser reflejada en nuestros pensamientos. Eso sólo es posible en una mente renovada, saturada por la vida de Cristo también en nuestra alma, en la cual el entendimiento de nuestra mente haya experimentado una transformación tan profunda que podamos decir con toda propiedad que tenemos un entendimiento espiritual. Todo mensaje del Señor que haya sido recibido por la intuición del espíritu, para que lo podamos entender se necesita que lo analice un entendimiento espiritual en una mente renovada. Es necesario que la mente coopere con el espíritu, que haya una coordinación entre los propósitos de Dios y lo que yo pienso. Si mi alma no es renovada, el Señor me propone una cosa en el espíritu, y yo pienso otra en la mente. Así jamás podríamos ponernos de acuerdo.

Ahora, no puede haber renovación de la mente sin la obra de la cruz en el alma; el yo debe ser negado y el alma debe morir para que pueda vivir una vida de resurrección. Para que se manifieste la vida de Cristo en nuestra persona, debe morir en nosotros el viejo Adán. Estos tres pasos están expuestos en Efesios 4:22-24:

a) Despojarnos del viejo hombre (Adán), el hombre viciado, el hombre engañado por sus deseos carnales. ²²*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”.*

b) Renovarnos por la obra de la cruz. Nuestra mente natural debe pasar por la cruz. ²³*Y renovaos en el espíritu de vuestra mente”.*

c) Vestirnos del nuevo hombre (Cristo). Esto ocurre por la obra de la resurrección. ²⁴*Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.*

Claro que una mente espiritual necesita también de una voluntad renovada. Nuestra voluntad debe ser renovada si se quiere hacer

la voluntad de Dios. En la renovación integral del alma, ese proceso incluye nuestra voluntad. Si tenemos una mente renovada, podemos conocer cuál es la perfecta voluntad del Señor, pero para obedecer Su perfecta voluntad, es necesario tener una voluntad espiritual, en armonía con la de Dios y sometida a la de Él. *“Someteos, pues, a Dios”* (Santiago 4:7). De manera, pues, que nuestra voluntad debe ser tratada a fin de que se someta a la del Señor. Él jamás nos obliga a nada. *“¡Cuántas veces quise... y no quisiste!”* (Lucas 13:34). Él quiere que nosotros ejerzamos nuestra voluntad debido a que le amamos. Él nos compró haciéndonos libres de nuestra antigua esclavitud de Satanás; ahora Él espera que nosotros libremente decidamos someternos a Él. El Señor quiere que seamos Sus profetas, que hablemos lo que Él quiere revelarnos; pero para hacerlo es necesario tener una mente renovada para entender Su mensaje, y una voluntad tratada para ejecutar Su voluntad.

¿Y qué de las emociones? Nuestras emociones en el alma igualmente deben ser tratadas por la cruz y renovadas. Nuestros sentimientos no pueden quedar al servicio del viejo hombre. Debemos amar lo que el Señor ama y aborrecer lo que Él aborrece; de lo contrario las emociones nos traerán muchos problemas. Nuestros sentimientos deben ser puros y claros. ¿Qué es lo más importante ahora para nosotros? ¿Cuáles son nuestras prioridades? Todos nuestros seres queridos, las cosas que más hemos amado en esta vida y aun nuestra propia vida, todo lo debemos consagrar al Señor, y ponerlo a Él en primer lugar. Señor, te lo consagro todo, aun mi propia vida. Dice el Señor: ³⁷*“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; ³⁸el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. ³⁹El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”* (Mateo 10:37-39). Para ahondar y profundizar en nuestra conciencia, en nuestra mente, en nuestra voluntad y en nuestras emociones, es decir, en nuestro corazón, hay que orar. Si queremos sacar las impurezas de nuestro

corazón, debemos profundizar en la oración; debemos ir al Señor, que está en nuestro espíritu. Vemos, pues, que sin la cruz no podemos tener victoria ni sobre nosotros mismos ni sobre Satanás. El Señor venció a Satanás en la cruz. Hay que crucificar la carne con sus pasiones y deseos (cfr. Gá. 5:24). Al pasar por la cruz cada día, nosotros somos resucitados a una vida victoriosa, y Satanás está vencido por la cruz del Señor.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.